

La crónica de Ivo Cukar

DAVID NEL·LO

Ilustraciones de Beatriz Castro





La crónica de Ivo Cukar

PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL

David Nel·lo

**La crónica
de Ivo Cukar**

PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL

edebé

Obra ganadora del Premio Edebé de Literatura Infantil según el fallo del Jurado formado por: Teresa Colomer, Ángeles González-Sinde, Antonio Iturbe, Roberto Santiago y Vicenç Villatoro.

Título original: *La crònica de l'lu Eskar*

© Texto: David Nello Colom, 2020

Derechos negociados a través de Asterisc Agents.

© Traducción: Gema Domingo, 2020

© Ilustraciones: Beatriz Castro, 2020

© Ed. Cast.: Edebé, 2020

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Diseño de la colección: Book & Look

Primera edición, marzo 2020

ISBN: 978-84-683-4881-0

Depósito legal: B. 1064-2020

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. Cuando éramos felices.....	7
2. El triste domingo.....	15
3. El régimen del terror.....	27
4. El éxodo.....	39
5. El hotel Apolo.....	53
6. La habitación 43 y el general Landulfo.....	67
7. La primera noche.....	81
8. Exploraciones en solitario y Max Blattella.....	97
9. Nuevos tiempos en el hotel Apolo, y la exposición.....	113
10. Un final que no es un final.....	129

1

Cuando éramos felices

Si alguien me preguntara cuánto tiempo hacía que nuestra familia, los Cukar, habíamos vivido en casa de la señora Atril, yo no sabría qué contestar. Diría que mis abuelos, bisabuelos y tatarabuelos ya vivían allí. De hecho, yo había oído historias de mi abuelo paterno, que nos contaba que cuando él todavía era pequeño había conocido al señor Atril.

Pero ya hacía muchos años que el señor Atril había muerto y en casa solo vivían la señora Atril, su gato gris, Onofre, y el periquito, que se llamaba Mius.

Nosotros, los Cukar, se puede decir que estábamos como realquilados en casa de la

señora Atril; pero, en realidad, no pagábamos ningún alquiler. Además, nosotros no teníamos dinero.

Vivíamos en los rincones de la casa y procurábamos que nadie nos viera nunca. Claro que eso no siempre era posible. El abuelo Cukar, el viejo Dino Cukar, padre de mi madre, murió porque lo descubrieron. Es una historia que mamá nos había contado muchas veces, pero siempre que la escuchaba me entraban escalofríos y tenía que cerrar los ojos, como si me diera un mareo.

Se ve que un día, de buena mañana, el viejo Dino Cukar se encontraba dentro del cubo de la basura royendo un trocito de tocino que había quedado pegado a un hueso que habían tirado. De repente, el abuelo Cukar oyó el timbre de la puerta de casa y se quedó inmóvil. Aguzaba el oído y permanecía muy quieto dentro del cubo de la basura. Al cabo de un par de minutos sintió la voz de la señora Atril, que decía:

—¡Ya va, ya va! ¡Qué prisas son esas!



El caminar cansado de la señora Atril era lo único que se oía. Para ir por casa, ella siempre llevaba unas zapatillas muy desgastadas y polvorientas.

El visitante resultó ser el cartero del barrio, que le llevaba una carta de un sobrino suyo que vivía en América, en Santiago de Chile.

—¿Cómo se encuentra, señora Atril? —preguntó el cartero, retirándose la gorra hacia la nuca.

—Así, así... —respondió ella—. Siempre me duelen las rodillas, y cada día veo peor.

Entonces, cuando Dino Cukar pensaba que el cartero ya se iba, lo escuchó decir:

—Mire, ya que estoy aquí, aprovecharé para hacerle un favor. ¿Quiere que le saque la basura a la calle?

—¡Ay, qué amable eres, chico! Pues sí que te lo agradecería.

Las palabras del cartero dejaron helado al abuelo Cukar, que trató de esconderse en el fondo de la basura. Pero vete a saber qué pasó; puede que se pusiera nervioso o quizá ya

estaba demasiado viejo para intentar camuflarse. La cuestión es que dio un salto desde uno de los extremos del cubo, dispuesto a huir corriendo, con tan mala fortuna que justo en ese mismo momento el cartero se agachaba para recoger la basura. Y en cuanto vio a Dino Cukar con sus alas de un color negro brillante, las patas agitándose rápidamente y las antenas oscilantes, gritó:

—¡Puaj, una cucaracha! ¡Apártese, señora Atril!

El abuelo Cukar intentó huir desesperadamente, pero su vejez ya no le permitía correr. La bota negra, reluciente, horrible del cartero lo aplastó contra el suelo de la cocina.

Mamá siempre decía que el abuelo Cukar no debió de morir en el acto, porque él era un insecto valiente y tenaz. Tal vez movió un poco las patas; tal vez sacudió las antenas un segundo, dos segundos... y después murió.

Cuando yo era pequeño soñaba con la muerte del abuelo Cukar, y a veces me despertaba con la sensación de que la bota negra

del cartero me aplastaría a mí también si no estaba alerta e iba con mucho cuidado.

Claro que todo eso eran recuerdos antiguos, cosas que habían sucedido hacía mucho tiempo. Porque la verdad era que hacía años ya que la señora Atril no recibía cartas de nadie y apenas si salía de casa. Tres veces por semana acudía Betulia, la señora de la limpieza, y le llevaba la comida que había comprado en la plaza o en el supermercado. Nosotros ya sabíamos que los lunes, los miércoles y los viernes teníamos que escondernos y no hacer ruido, porque Betulia era un peligro público, con sus escobas, bayetas y lo que era aún peor: la aspiradora eléctrica. Por suerte, con los años, Betulia también había envejecido y cada vez le ponía menos ganas a la hora de limpiar la casa. Nuestros rincones y rinconcillos ya ni los veía; creo que Betulia estaba medio ciega.

Así pues, la vida de mi familia, los Cukar, era tranquila, agradable y a veces hasta divertida, como cuando jugaba con mi numerosa

cuadrilla de hermanos y hermanas. Corríamos por los escondrijos de la casa, nos perseguíamos, revolvíamos todos los armarios y estanterías, sobre todo de noche, y, cuando ya estábamos cansados, papá o mamá nos contaban un cuento. Todos nos sentábamos formando un corro en un rincón bien sucio y cálido, detrás de los fogones de la cocina, por ejemplo, o junto a un viejo radiador que perdía agua haciendo que todo estuviera húmedo y hubiese un delicioso tufo a alfombra mojada y medio mohosa. Había polvo por todas partes, porque Betulia no lo veía, lo cual contribuía a nuestra felicidad.

De hecho, tanto yo como mi familia y todos los parientes Cukar que vivíamos en aquella casa hubiéramos podido quedarnos allí felices y sin quebraderos de cabeza el resto de nuestras vidas. Pero todo cambió el día que sucedió aquello con la señora Atril.

